



Con Aita Villasante, junto al antiguo Colegio de Aránzazu.

## La poesía de Bitoriano Gandiaga: *Elorri* (1962)

*Elorri* es un libro cuando menos sorprendente. Leído desde los inicios del siglo XXI, no nos debe extrañar que el lector vacile a la hora de formular una adecuada hipótesis de lectura cuyo enfoque comporte el reconocimiento del sentido de las palabras del poema. Para empezar se trata de un libro de poesía religiosa, cuyo autor es un sacerdote franciscano que vivió desde los doce años prácticamente toda su vida en el Monasterio de Aránzazu. El libro se publicó el año 1962.

Según se mire, el libro provoca la extraña paradoja de ser, a un mismo tiempo, un libro absolutamente extemporáneo o el logro más alto de la lírica vasca de la posguerra. Aun a riesgo de parecer contradictorio, considero que ambas interpretaciones son legítimas. Me explico: el libro *Elorri*, de Gandiaga, es una deuda de amor con Aránzazu. Su lenguaje es sencillo y musical. No contiene barroquismos ni expresiones alambicadas, ni pensamientos profundos ni símbolos definitivos: la poesía de Gandiaga es refractaria al pensamiento. Su poesía es cándida, inspirada y entusiasta. Sus poesías son alabanza y oración, canto y devoción. *Elorri* celebra la vida de Aránzazu: la dicha de servir fielmente a su Señora de Aránzazu, el homenaje leal que el juglar tributa con su canto a la Virgen del espino (*Elorri*).

Es ahí donde está la clave del sentido de *Elorri*: que con sólo su contacto nos transporta a una realidad que transpira religiosidad y donde la palabra brota entusiasta para cantar el mundo que se abre ante sus ojos, porque todas las cosas en ella, hasta el elemento más humilde (lluvia, hojas de otoño...), son expresión divina que reflejan el sentido del más allá. Cuando vemos todas las cosas en Dios, la captación minuciosa de los mínimos matices y cambios en la textura natural del mundo, así como en los estados de ánimo del poeta, responden íntimamente a una expresión espiritual y sacralizada de la vida: ningún elemento ocupa un lugar más prominente que otro, todos ellos aluden a la misma perfección glorificándola. De ahí que la poesía de *Elorri* sea una poesía simbólica sin símbolos, porque la simbología de *Elorri* es seminal, un simbolismo que penetra la realidad sensible que nombra, y, al nombrarla, se transmuta en revelación inmediata de sentido. Es decir, el sentido de *Elorri* no se agota en imágenes del tenor de la cruz o el espino que nos transportan indefectiblemente a las ideas del sufrimiento o la muerte de Cristo. El símil del árbol como símbolo de la cruz o el cordero como símbolo de Cristo. Bien es verdad que todo este imaginario pertenece a un credo compartido, pero la poesía de Gandiaga se halla muy alejada de la alegoría neo-escolástica o del simbolismo formulario previsible. Utilizo los conceptos de alegoría y simbolismo en el sentido que les confiere Goethe: “*La alegoría convierte el fenómeno en un concepto y el concepto en una imagen, pero de tal suerte, que el concepto siempre puede tenerse y mantenerse íntegro y definitivo en la imagen y expresarse con ella. El simbolismo convierte el fenómeno en idea y la idea en imagen, de tal suerte, que la idea permanece siempre infinitamente activa e inasequible en la imagen y, expresada incluso en todas las lenguas, resulta, sin embargo, inefable*”.

Me gustaría tocar un pasacalle/ en vez de cantar estos versos,/ pero no obraría correctamente/ guardando estos sentimientos;/ quería rozar la superficie/ y he terminado arándola,/ ya es hora de liberar estos versos/ de su estrofa.

Por eso afirmamos que, efectivamente, asistimos a una poesía imbuida de simbolismo, pero simbolismo que conserva el sabor afectivo y sensible del contacto vivificante, el sabor del instante en el que las palabras surgen a la vida y asistimos a un alumbramiento del mundo. Allá donde el poeta deposita su mirada asistimos a la resurrección de la flor y del espino. Gandiaga penetra con ojos poéticos, con mirada de ensueño —todo *Elorri* respira la tenue envoltura del sueño (“ames”)- el universo de Aránzazu, y el reflejo que le devuelve ese mundo se le aparece henchido de vida y de confianza, de alegría y sufrimiento, a la vez ligero y leve.

Como en el mundo griego de Hölderlin el Éter era su padre y en el cristianismo medieval y apasionado de San Francisco de Asís cada elemento de la naturaleza participaba del amor divino que le hermanaba con el sol, la luna y el lobo, también la poesía entusiasta de Gandiaga nos descubre un mundo donde “la lluvia” es “la hermanita nacida en el cielo” y cada elemento del paisaje de Aránzazu alude a la presencia providencial del más allá.

Un universo poético y religioso en el que no existe nada que no merezca elevarse a la dignidad del canto, y donde el objeto más humilde acabará siendo redimido de su muda nimiedad por la mirada del Gran Hacedor (o del poeta), difícilmente puede contar con una metáfora o un símbolo central que cataliza el significado del poema y que el lector o el oyente la perciban como tal. Como se ha señalado ya, no es ésta la nota característica de Gandiaga en *Elorri* y tampoco lo será en los sucesivos libros del autor. Así, en *Hiru gizon bakarka*, el poeta recurre a la imagen del “txakoli” (el vino que no ha llegado a serlo enteramente), para caracterizar la coyuntura en que vive el Pueblo Vasco. Pero, ¿la identificación del “txakoli” con el Pueblo Vasco tiene para el lector rango de metáfora? No lo creo; o, en todo caso, la posee en un sentido muy reducido. Si las palabras son símbolos para recuerdos y experiencias compartidas, es el lector el que ha de reconocer la significación y el valor de dichas palabras (metáforas o símbolos) en su dimensión social y cultural.

Por la vía de esta dimensión social y cultural nos adentramos, sin embargo, en terreno resbaladizo y complejo, y esto porque el mismo año de la publicación de *Elorri* arranca el Concilio Vaticano II, cuyos resultados fueron devastadores para el clero vasco, propiciando la secularización masiva de muchos religiosos y, entre ellos, si bien con efectos algo retardados, bastantes franciscanos de Aránzazu; porque el mismo año de la publicación de *Elorri*, Rikardo Arregi lanzó la célebre proclama en contra de la tradicional y asfixiante identificación entre la lengua y la religión (“euskaldun fededun”): “Euskalzaleen Jainkoa hil behar du” (Hemos de librarnos del Dios de los partidarios del euskera). El existencialismo era una realidad; la eclosión de la poesía social de Aresti era inminente; Mayo del 68 estaba a la vuelta de la esquina y también las acciones de ETA y la represión franquista, etc. Abreviando: en cuestión de muy pocos años el gran salto se había producido y el universo poético de *Elorri* había enmudecido para el propio autor y, claro está, para la sensibilidad moderna que irrumpió definitivamente en el escenario de la cultura vasca y que de ningún modo se entretuvo en las todavía tímidas y tiernas vacilaciones que venían a perturbar la conciencia religiosa del poeta.

Anoche, me acosté en la cama a dormir. En vano cerré los ojos. En vano intenté apagar la luz que percibía en el interior de mi frente. Esa luz que notaba dentro de mi frente se parecía a la luna llena; era exactamente igual, ni más grande ni más pequeña. El interior de mi frente era un cielo despejado y no pude crear la oscuridad propicia para el sueño.

Ahora añoro aquella luz tan clara. En estos momentos padezco un dolor sordo en lugar de aquella luz de anoche, padezco una pesadez bastante lóbrega y agobiadora.

Algunos pequeños detalles/ que nadie toma en consideración/ han sido mis únicos pasatiempos/ y mis escasos logros:/ el viejo camino perdido,/ algún dolmen,/ la fuente olvidada y cubierta de musgo/ y el cuidado de las huellas de los hombres/ mezcladas con el eco/ casi incomprensible y misterioso/ de un rastro enternecedor/ de alguien absolutamente perdido/ en los bosques de ilusión y pena.

Los caminos del viento no están en mis manos;/ la lluvia está por encima/ de mi voluntad;/ el sol recorre su camino y trayectoria/ a pesar de mis deseos./ Estoy condenado a ser un sujeto paciente/ a pesar de todas mis impaciencias (...)

Yo desde el reino de la utopía/ le dedico un verso/ a Bitoriano Gandiaga/ para que le obligue a pensar;/ él distorsiona la vida humana/ y la sitúa fuera del mundo,/ en perjuicio del ser humano/ y en detrimento de la mente.

No acabo de ver en *Elorri* al poeta atravesado por la inquietud existencialista en un sentido pleno, ni la radicalidad del ahogo ni el desgarramiento del poeta, imágenes todas ellas que, por lo que se ve, tan caras le son a una determinada sensibilidad crítica del país. Éste es, sin embargo, un vicio muy extendido entre nosotros: es proverbial la habilidad que derrochamos para confeccionarnos trajes a nuestra conveniencia, aun a riesgo de incurrir en reduccionismos y tergiversaciones intelectuales y espirituales. Porque, ¿quién que no fuera otro sacerdote iba a afrontar los textos de Gandiaga para mantener un diálogo poéticamente sincero, apasionado y fructífero en una dimensión plenamente moderna? Entiendo el empeño de la crítica por contemporizar la poesía de Gandiaga con la gramática de los tiempos modernos. De todos modos, el auténtico poeta –como el buen lector– habría intuido que, interpretaciones que invocaban el existencialismo u otros “ismos” semejantes, difícilmente podían hacerle justicia a *Elorri*, más bien al contrario. Porque, en el corazón de estos movimientos espirituales –como en todos nosotros– late la misma inquietud: la vida se había vuelto un “problema” y empezaba a resultar cada vez más difícil desentrañar su sentido. Frente a un estado de conciencia que denunciaba la pérdida de la espontaneidad de la vida, *Elorri* procuraba devolvernos a una vida confiada, vivida con alegría, que no fuera sino canto y celebración; pero sus puertas estaban cerradas para nosotros, los modernos. No era otro el sentido que le confería Axular, en el siglo XVII, a una de las imágenes más socorridas por los comentaristas de *Elorri* a la hora de invocar la supuesta congaja existencialista del poeta: “Presuna iustuen hats-beherape-nak, orazinotan, eta penitentzian daudenen negarrak, alegrantzian heldu dira. Nigar hek, arrosak dira elhorrien artean” (*Gero*, 565. or.) [“Los suspiros de las personas justas, las lágrimas de los que están en oración y en penitencia, proceden de la alegría. Estas lágrimas son como rosas entre espinas”]. Cuando a pesar del lenguaje de los almanaques, el calendario cristiano había dejado de tener sentido, difícilmente se podía dominar la búsqueda apasionada y febril de realidades y verdades nuevas que entrañaba la Modernidad, desviando la fuerza de su empuje por la senda exclusiva de la experimentación formal, obviando así la tensión vital a la que aquélla comprometía. Esto es lo que Gandiaga, haciendo suyo el discurso de sus críticos, pretendía realizar a partir de *Hiru gizon bakarka*. Se argumentará que no hay ruptura en la evolución artística sin la exploración y la experimentación que se produce en ella. Y hasta ahí estamos de acuerdo. Ahora bien, si hablamos en términos modernos, es decir, cuando la transvalorización de todos los valores a los que aludían Dostoievski o Nietzsche es un hecho asumido, nada que viviera ajeno a esa tensión atravesada de sospecha y rebeldía, podía aspirar a reclamar del lector su apasionado asentimiento.

Así lo percibieron, seguramente, los poetas más jóvenes en euskera: *Elorri* (1962) se olvidó; la sensibilidad social que late en *Hiru gizon bakarka* (1874) debía mucho a Aresti (y a Oteiza); la ciudad de Atxaga (Etiopía, 1978) poco tenía que aprender de “Uda batez Madrilén” (1977): con Gandiaga nos encontramos ante una experiencia pasajera de la ciudad; la ciudad de Atxaga respondía, por el contrario, a un estado espiritual permanente.

Gandiaga, al igual que otros poetas religiosos de la tradición occidental que atemperaron sus contradicciones, más o menos radicales, dentro de los cauces de la fe milenaria, dejó paso a una nueva generación de poetas.

A mi modo de ver, el dilema que plantea *Elorri* para el lector de finales del siglo pasado o para uno nuevo de los inicios del siglo XXI lo formuló del modo siguiente el crítico I. A. Richard en *Practical Criticism*: “*La cuestión de creer o no creer, en el sentido intelectual, no se plantea nunca cuando leemos bien. Si desgraciadamente se plantea, sea por culpa del poeta o por la nuestra, de momento hemos cesado de leer y nos hemos convertido en astrónomos, teólogos o moralistas, personas entregadas a un tipo de actividad enteramente distinto*”.

Pero la duda que acomete de inmediato es si efectivamente podemos conservar tal neutralidad. Que lo decida el lector.



Toma la pluma y escribe/  
que el ser humano es desdichado,  
que existen lágrimas vivas/  
imposibles de ser enjugadas,  
que incluso padecen desgracias/  
los que no quieren aceptarlas,  
que la vida también es para ellos una larga penitencia,  
una cárcel inhóspita.